



HOMILÍA Función Principal de Instituto de la Archicofradía de Ntro. P. Jesús Nazareno (Hdad. del Silencio) de Sevilla.

Real Iglesia S. Antonio Abad (25 de septiembre de 2011)

Queridos concelebrantes; Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de la “Primitiva Hermandad de los Nazarenos de Sevilla: Archicofradía Pontificia y Real de Nuestro Padre Jesús Nazareno, Santa Cruz de Jerusalén y María Santísima de la Concepción”; queridos hermanos todos:

Es para mí un honor celebrar la Función Principal de Instituto en esta Primitiva Hermandad del Silencio. Y este honor no sólo es por presidir hoy el culto de la Hermandad madre y maestra de Sevilla, sino porque ella ostenta el título de “Hermandad Matriz” de la de “Nuestro Padre Jesús Nazareno” de Osuna, al que mis mayores me enseñaron a profesar una verdadera devoción que ha marcado mi vida cristiana.

Pues bien, profundizando en dicha devoción y culminando hoy el Triduo a la Sta. Cruz celebrado en estos días, vamos a entrar en ese misterio -que tan bien nos representa Nuestro Señor del Silencio, recogiendo el momento en el que Jesús se encuentra con la Cruz para emprender su marcha hacia el Calvario-, y, en el que estoy seguro que resonarían las palabras que intercambió con ese personaje importante, Nicodemo, con quien Jesús –nuestro Nazareno- mantuvo un intenso diálogo lleno de sabiduría y revelación.

“¡Oh noche que guiaste...” (S. Juan de la Cruz)

Como sabemos Nicodemo era un fariseo, miembro del Sanedrín, que a diferencia de otros no se cerró a lo evidente e impulsado por la fe, que ya comenzaba a latir en su corazón, arriesgó su prestigio con tal de escuchar de labios del mismo Jesús desvelar algo del misterio que envolvía a su persona y que ponía al israelita creyente en viva expectación de la inminencia del Reino de Dios:

“sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está con él” (Jn 3,2).

Es la búsqueda sincera de la verdad, así como la certeza de que el Señor es un enviado divino lo que lleva a este maestro de la Ley a salir a su encuentro en la noche (cf Jn 3,1ss) con el corazón abierto para ser iluminado por la gracia que baja del Altísimo.

No me cabe duda de que también -todos los que estamos aquí y tantos que han venerado a nuestro Señor del Silencio a lo largo del tiempo-, ha sido porque por experiencia sabemos que detrás de nuestra devoción y nuestra vivencia eclesial en nuestra Hermandad está Dios, que sigue realizando grandes obras en el corazón del hombre cuando éste por la fe se abre a la gracia derramada en Jesucristo, Nuestro Señor. Basta pensar ¡cuántos matrimonios salvados!, ¡cuántos enfermos consolados y esperanzados!, ¡cuántos egoísmos y cuántas soberbias! han sido superados y curadas en esta Capilla y por las calles de Sevilla al paso procesional del Señor del Silencio.

Luego, el mismo ansia y la misma ilusión de Nicodemo es la que una vez más nos trae a nosotros aquí para escuchar -como él- de los labios de Jesús que: “nadie ha subido al Cielo, sino el que bajó del Cielo, el Hijo

del hombre". En efecto, Él es Quien ha "bajado del Cielo", encarnándose de María Virgen por obra del Espíritu Santo.

Como nos ha dicho San Pablo en la segunda lectura -en su profundo himno a la "kenosis" del Hijo de Dios, hecho hombre por nosotros (cf Fil 2, 2-11)-, siendo Dios "se abajó", asumiendo plenamente la naturaleza humana. "Por nosotros los hombres y por nuestra salvación <bajó del cielo>", confesamos en el Credo.

Por eso Jesús reivindica para sí un conocimiento único: sólo Él, que viene del Padre porque vive en su "seno" -como nos dice S. Juan: cf 1,18-, conoce los misterios íntimos de Dios, y por lo mismo sólo Él puede revelarlos a los hombres (Cf Mt 11,27; par.). Es más, esa revelación de Dios y de Sí mismo que hace Jesús es la que a su vez nos responde a la pregunta sobre "quién es el hombre", tan actual en nuestra sociedad y tan necesaria de ser respondida con verdad para construir un mundo más humano.

El Concilio Vaticano II lo afirmó de una forma clara y teológicamente muy bella, de tal modo que Juan Pablo II hizo de ella uno de los puntos básicos de su visión antropológica y del lugar que el misterio de Cristo ocupa en nuestra salvación:

"En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor... Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación" ("Gaudium et spes" nº 22.)

Vocación al Amor

Por lo tanto, tenemos una vocación "al amor", porque el Amor fue lo que impulsó al Dios trinitario a "bajarse" en la Persona del Hijo hasta el desvalimiento en el que el pecado nos ha dejado a todos los hombres. Nuestro Dios no es un dios lejano e insensible, sino que por puro amor se ha hecho débil para estar cercano a nosotros, y en su generosidad nos invita a caminar por las sendas del amor que se entrega creciendo hacia abajo, esto es, en la humildad.

Esa es también la sublime lección que no sólo escuchamos del texto de San Pablo, sino que la vemos hecha imagen ante nosotros: nuestro Jesús Nazareno abrazando la Cruz, refleja hondamente todo lo que supuso ese "abajarse" hasta cada uno de nosotros. El Padre conoce nuestra indigencia, pero sabe también qué inmenso proyecto de gracia tiene en su plan de salvación todo aquel que reconociéndose "mordido" por la serpiente del pecado, eleva sus ojos y su corazón hasta Jesús, que, como vemos, acoge con veneración el madero de la Cruz porque en ella se verá reflejado lo que sólo en figura aconteció en el desierto:

"Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en Él tenga vida eterna".

Porque "La necesidad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina, más fuerte que la fuerza de los hombres"... pues "de haberla conocido no hubieran crucificado al Señor de la gloria". (cf 1 Cor 1, 25; 2,8).

El Crucificado es sabiduría, porque manifiesta de verdad quién es Dios: poder de amor que llega hasta lo indecible para salvar al hombre. Sólo mirándolo a Jesús, apoyados en Él, podemos conocer Quién es Dios. Pero también quién es el hombre, en qué consiste la libertad verdadera y qué hace feliz al hombre, porque sólo en el amor y en la donación de sí mismo se realiza el ser humano.

A la medida de Cristo

A la luz del texto conciliar podemos deducir que siguiendo a Cristo es cómo el cristiano descubre hasta lo más profundo el misterio de su propia humanidad. Cristo es la verdad del hombre y contemplándose en Él,

se conoce a sí mismo, según la verdad integral no sólo de su origen sino de su destino; y aún más: de su plena realización, ya que el discípulo de Jesús, el que le sigue en su vida diaria, está llamado a “crecer” en Cristo y “a la medida” de Cristo. Esa es la verdad del hombre que la razón humana cuando se abre a la fe puede descubrir que resplandece en el rostro de Cristo, como nosotros hoy la podemos ver representada en esta bendita imagen que nos preside.

“Arraigados en Cristo y firmes en la fe”, nos decía el mensaje de la JMJ y que para nosotros, tras lo vivido en Madrid y hoy en búsqueda como Nicodemo, se abre como una Palabra que nos alienta en el seguimiento de Jesús:

“Vivid, pues, según Cristo Jesús, el Señor, tal como le habéis recibido... rebosando en acción de gracias... Porque en él reside toda la Plenitud de la Divinidad corporalmente, y vosotros alcanzáis la plenitud en él, que es la Cabeza...” (Col 2,6s)

En efecto: Jesús abrazado a la Cruz desvela el verdadero poder de Dios, porque ese amor solidario lo regala como un don; y precisamente descubrir y acoger esa gratuidad total del amor es la verdadera sabiduría. A ella estamos llamados. Lo cual nos explica por qué los cantos de sirena del laicismo y del relativismo dominantes de la cultura actual no son capaces de satisfacer el ansia de plenitud, de verdad y de amor sincero que demanda el corazón de cada ser humano y en particular de los jóvenes. Este mundo, por muchos que sean los avances de la técnica, los conocimientos científicos o la propagación de determinadas ideologías, no puede dar esa vida verdadera, esa esperanza cierta y esa paz plena que reivindica el ser de cada hombre en esta tierra y que hemos contemplado por las calles de nuestro país en la reciente JMJ.

Abrazando la Cruz

Por tanto, el lugar en el que Cristo libró la batalla más importante de la humanidad es la Cruz. Ésta que abraza Nuestro Padre Jesús Nazareno. Ella fue el lugar de la redención de toda la humanidad. Allí estaba Dios reconciliando a la humanidad consigo, por la sangre de su Hijo (Cf 2Cor 5,18-19; Col 1,19-22). Allí el Reconciliador del mundo nos obtuvo el perdón de nuestros pecados. Allí la descendencia de la Mujer, el Hijo de Santa María, aplastó definitivamente la cabeza de la antigua serpiente (ver Gén 3,15). Su triunfo es nuestro triunfo, pues ha liberado a la humanidad entera del dominio de la muerte; su triunfo abre para todos la esperanza de la vida eterna.

Por eso el madero en las manos de nuestro Señor del Silencio se convierte en un manantial de vida y alegría en el que no deja de brotar el amor de Dios, que en Cristo se mostró “manso y humilde de corazón” para seguir aliviando a los cansados y agobiados (Cf. Mt 11, 28); es decir, dando de “comer al hambriento”, “vistiendo al desnudo”... (Cf. Mt 25, 37).

¿No son estas razones suficientes para exaltar la Cruz, aquel leño abrupto convertido en Altar de la Reconciliación, aquel patíbulo maldito transformado en Árbol de la Vida? Sin embargo, el Evangelio que se nos ha proclamado nos muestra que tanto el primer hijo como el segundo, rechazan en algún momento el trabajo en la viña. Uno al principio diciendo que no, y el otro, aunque dijo sí, después no fue. Esta parábola nos muestra como también nosotros solemos rechazar la Cruz en cuanto su sombra aparece en nuestra vida. Es comprensible que a primera vista nos aterre y como el hijo digamos que no vamos, pero cuando reflexionamos, podemos descubrir que Él, nos ha dejado un camino abierto que, recorriéndolo con El, conduce a la Resurrección y a la vida eterna y por tanto, podemos hacer lo que nos manda el Padre y rectificar nuestra actitud.

Por todo ello, no vemos en la Cruz un símbolo de muerte ni de castigo, como algunos creen, sino un símbolo de reconciliación, fuente inagotable de vida y de esperanza. Mirar la Cruz con veneración es mirar a Aquél que estuvo clavado en ella por nosotros y reconocerlo como el Hijo de Dios y el Salvador del mundo. Y ello nos posibilita también a nosotros el abrazarnos a la palabra del Señor que, como a

Nicodemo, Nuestro Padre Jesús Nazareno nos dice: “el que quiera seguirme ... que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga...” (cf Mt 16, 24)

Por tanto, hermanos, coloquémonos pues, muy cerquita de la Cruz del Señor y aprendamos de su sabiduría para llevar la nuestra junto a Él, que no es más que llenar el corazón y la vida de humildad. Es poder día a día vivir la verdad de que cada uno de nosotros somos “hijos” del Creador y pecadores redimidos por el “Hijo único”, que sigue caminando a nuestro lado para vivir solidariamente en la entrega generosa a los demás.

Ahora es posible hacer nuestras las palabras de San Andrés de Creta: «Quien posee la Cruz posee un tesoro...». Porque como afirmaba San Agustín: “sólo aferrándonos al madero podremos salvarnos, solo aferrándonos con todas nuestras fuerzas a la Cruz, podremos alcanzar la plenitud y realización definitiva”.

Pidamos por tanto a María Santísima de la Concepción que Ella nos ayude a seguir a su Hijo y que como a San Juan nos mantenga a los pies de la Cruz. Que así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez